

Habr  de ser así cuando continuamos  
intentando durarnos, o incluso merecernos,  
cuando vives, y vivo, y nos sobrevivimos  
pese a tantos inviernos que se nos avecinan,  
porque aunque el tiempo intenta afilar sus colmillos  
sobre nuestra epidermis hasta irnos desgastando,  
lo cierto es que seguimos permaneciendo juntos  
(incansable paréntesis que se abre y se cierra)  
como viejas estatuas de piedra carcomida  
donde han hecho su templo las palomas del parque.

Transitamos los días, serenos casi siempre,  
haciendo de dos vidas una sola palabra,  
sabi ndonos el uno al otro de memoria,  
dividiendo entre ambos la ilusión de querernos,  
viendo crecer los árboles que plantamos, y a veces  
cansados de tenernos, pero no arrepentidos,  
que aquella hoguera antigua de fulgor y de besos  
se ha ido marchitando, pero queda el rescoldo  
de una vieja ternura calde ndonos las manos.

Nos seguimos durando, pasajeros de un tiempo  
cada vez más lejano. Y es cierto que no somos  
ni la sombra siquiera, que aquella sed de entonces,  
las urgencias, las manos, los torrentes de abrazos  
son igual que las aguas que al cabo se remansan  
hasta quedar inmóviles sus bordes como espejos.

No s  si en otro sitio fuéramos más felices,  
no s  si en otros cuerpos o quizá en otras almas  
habríamos encontrado una historia más bella,  
y el gozo hubiera sido un fuego inextinguible  
y el amor una llama vorazmente incendiaria,  
o acaso es el destino que todos los amores  
se llenen de rincones donde habita el recuerdo  
y est n predestinados a reducirse a brasas.

Seguramente hayamos tenido horas de gloria  
en brazos de otros brazos que no han sido los nuestros,  
y otras caricias viejas de unas bocas distintas  
nos parezcan más puras y más incorruptibles,  
que el tiempo desvirtúa y endulza la memoria.